

Comentario del libro de *Elizabeth Vita y Marcelo Esses*
“Habitar componiendo. Tejedurías Psicoanalíticas”.
Ed. Letraducciones. Buenos Aires, 2024.

Rodolfo Pastore

Las tejedurías que nos proponen Elizabeth y Marcelo son múltiples, pues si bien surgen de un abordaje psicoanalítico situado, abren el diálogo a diversidad de perspectivas, como en este encuentro; convocan otras lecturas en citas y epígrafes variados; traman hiladuras y urdimbres de textos, fibras y corporeidades; componen una epistemología narrativa en que fluyen los géneros, desde ensayos polifónicos a poesías cargadas de potencia figurativa.

Para quien, como en mi caso, ha sido formado en esa profesión hermética llamada economía, es sorprendente y desafiante estar convocado a ser parte de esta trama dialógica de tejedurías psicoanalíticas. Quizás por ello, sabrán entender, haya escrito lo que voy a decir, algo que no me es tan habitual, pero que así salió.

En estos días de multitud de emociones y duelos populares, parafraseando al gran poeta plebeyo que dijo que en la “resistencia, está todo el hidalgo valor de la vida”, voy a “empezar por el final” y “terminaré en el principio”.

Leo y comparto una frase de la sección “Política del síntoma”, el párrafo final con que concluye el libro:

Elogio del resguardo de lo éxtimo, allí donde el fuego y el viento de su potencia discursiva pulsa y vibra con lo real de los acontecimientos y los padecimientos de su época.

Fuerza irrefrenable del movimiento en estado de flujo continuo de los colectivos de enunciación, esos estoicos decires en los márgenes, en los pórticos, las plazas y las calles, tan lejos del Otro oficial de turno, tan cerca de los otros de cada tiempo y su paisaje.

Qué más decir. Quizás convendría terminar aquí. Pero bueno, hoy intentaré cumplir una de las “hazañas prometidas” y continuaré con el principio de este comentario.

El primer punto que me interesa destacar en esta lectura dialogada, es el argumento sostenido en el libro sobre la especificidad o modos particulares en que se hace presente el malestar en la cultura, localizada en un tiempo y un espacio determinado.

En tal sentido, tanto al inicio como al final del texto, desde un pensar crítico situado, ubican la dimensión social, histórica y política no como contexto de un discurso, sino en calidad de parte en su “composición”, podríamos decir en tanto atributo endógeno del mismo. En esa dirección, nos hablan de malestares de la cultura en plural, malestares móviles y cambiantes, no considerados con una fijeza universal y abstracta, sino en sus singulares recorridos epocales y situacionales

Desde allí proponen desenmascarar la ilusión capitalista del progreso, la cual, mediante encubrimientos y apariencias, despliega la operación de captura subjetiva; operación que, como ellos dicen, “agarra como presa al sujeto y al colectivo social”, con los señuelos del fetichismo del mercado y del consumo.

De igual forma, cuestionan la recurrente fachada libertaria de la modernidad occidental, más aún en estos tiempos de retorno exacerbado de la tan manipulada libertad individual, mascarada de lo que fundamentalmente es libertad de empresa; discurso encubridor de las diversas formas de esclavitud, de explotación o de despojo de las personas, las comunidades y los territorios, tanto ayer como hoy. En sus tejedurías narrativas contraponen esa libertad enajenante del poder, con la libertad spinoziana del “por y en otro”, libertad que tiene como condición la articulación con el bien común y con el lazo social.

Además, analizan como ese carácter que denominan “concentracionario” del capitalismo neoliberal, opuesto a una genuina libertad común spinoziana, es entronizado al límite desde la tecnociencia del capital. En particular, en su actual deriva de tecno-aplicaciones, que incitan a la conexión continua y ensimismada de sujetos seducidos y adictos a la virtualidad, la cual es digitada desde oligarquías tecnofeudales e ingenierías del caos y de las pasiones tristes, tales como el odio, el miedo, el resentimiento o la indolencia humana. Maquinaria biopolítica, financiarizada y extractivista, que pivotea entre la crueldad y la explotación generalizada; los nuevos campos de concentración de la pobreza local y migratoria; la desposesión, segregación y hacinamiento de los descartados; o la depredación suicida de la ecología planetaria.

En su composición también nos invitan a problematizar el llamado “Estado del Bienestar” que, neoliberalismo mediante, podríamos resignificar como “Estado del malestar”. Política de mercado que comanda la privatización de lo público y empuja a los estragos de la individuación subjetiva y de la homogeneidad de las culturas, como sacrificio vital ofrendado a la acumulación incesante del capital.

Congruente con ello, ponen en discusión la idea del Estado como única entidad habilitada para definir los intereses comunes, y proponen repensarlo como lugar que encarna la contradicción, pues por un lado enuncia una posición garantista

de derecho, pero, de hecho, en su versión neoliberal, es ocupado gerencialmente por los intereses del capital globalizado.

No es casual entonces que señalen una falsa opción entre mercado y Estado. Pero, sobre todo, que reivindiquen el valor de denunciar el discurso del Estado total, del colonialismo, del patriarcado, de la religión ilusoria, o de la tecnociencia del capital que empuja al goce del esclavo; a la vez que develan la actual era del vacío, de los no lugares, de lo líquido, de la nuda vida, del biopoder de despliegue de la condición del Amo, sin culpa, ni vergüenza.

En contrapartida, desde el estar-siendo y el habitar componiendo, preguntan, y nos preguntamos con ellos, sobre ¿cuáles serán las nuevas moradas o formas de habitar la madre tierra que cruje de malestar? Y ¿cuáles las modalidades de enunciación de los intereses comunes hacia un nuevo nos-otros?

Nos dan pistas para transitar y construir esos senderos en común hacia otros mundos posibles.

Nos hablan desde la potencia del posicionamiento ético y desde la lógica de la paradoja, como resguardo de lo abierto, de lo múltiple, de las mezclas y mestizajes, de la tensión y la convivencia de las contradicciones.

Nos convocan para ello a generar nuevas conexiones, entrelazamientos y anudamientos como prácticas de resistencia. Y también como política del síntoma, en tanto lectura que nos posibilita visibilizar y localizar diversos escenarios y estados de padecimientos colectivos, desde donde desplegar su denuncia, su demanda y sus luchas sociales de reclamo, para animarnos desde allí a lanzar prácticas del pensar y el hacer sentipensante en singular y en colectivo, como “chispas de libertad” nos dicen, portadoras de un despertar activo y des-alienante, como nuevas creaciones y versiones emancipatorias humanas y vitales.

Hasta aquí lo principal de esta paráfrasis interpretativa. Para no extenderme mucho y dar continuidad a la circularidad de la palabra, cierro con tres cuestiones abiertas, inquietudes situadas desde la defensa crítica de lo público, lo popular y la pluralidad económica.

Como docente y trabajador universitario, creo fundamental el debate sobre el Estado, pero reivindicando la indeclinable posición del mismo como garante de derechos. En mi caso del derecho a la universidad y al conocimiento como bien público y derecho humano universal, en particular para las personas y los colectivos que históricamente han sido marginados de ese derecho, como son las mujeres y jóvenes precarizados, o los integrantes de economías populares y

comunitarias. Sin renegar de los debates y críticas acertadas, lo mismo puede decirse de la ciencia y la tecnología pública en nuestro país, ni que decir de la salud o de las institucionalidades logradas cuando los derechos humanos fueron políticas de estado. Como perspicazmente dice el escritor Uruguayo Jorge Majfud, para los ricos la libertad se expande con dinero, para los trabajadores y los pueblos la libertad se amplía con derechos a ser garantizados. Y esto se construye en la lucha por derechos, por su conquista y defensa, como camino hacia la libertad emancipatoria de las mayorías populares. En definitiva, si el Estado es lugar de la contradicción, lo es en tanto arena de disputa entre un poder hegemónico global y local, que pugna por su mercantilización y privatización, versus colectivos y comunidades que apostamos por su profundización democrática, por caminos colectivos de ampliación y ejercicio efectivo de derechos. Quizás la cuestión sea cómo ampliar los repertorios y luchas por derechos, hacia nuevos territorios y colectivos de necesidades sentidas y muy presentes en nuestro tiempo.

A su vez, quienes estamos comprometidos con las economías para la vida, populares, solidarias o cooperativas, sostenemos desde la enunciación, la acción y la propuesta, la lucha contra la lógica capitalista del mercado, pero desde el reconocimiento de la complejidad, el mestizaje y la pluralidad de ese hacer económico.

En esa dirección, por una parte, traigo aquí una noción acuñada hace más de una década por una referente feminista clave de nuestro país, Verónica Gago. Más allá de resaltar la dimensión des-posesiva de las políticas que imponen un neoliberalismo desde arriba, ella va a referirse a un “neoliberalismo desde abajo”, como una red de prácticas y saberes que asume el cálculo como matriz subjetiva y como motor de una amplia economía popular dispersa, la cual también mixtura saberes comunitarios y autogestivos. Una especie de tecnología reproductiva o saber-hacer ante la crisis, que dispone casi exclusivamente de una auto-empresarialidad popular orientada a una pragmática vitalista de perseverar en el ser, un conatus popular spinoziano, que se apropia y aferra en lo que puede a lo que signifique, real o ficticiamente, algún tipo de ampliación de libertades, goces o afectos en las penosas condiciones existentes en que se vive para garantizar la materialidad vital. Cálculo popular como tácticas de vida, que convive con la competencia y la autoexplotación impuestas por la precariedad, pero que también interactúa con formas organizativas comunitarias, colectivas o movimientistas, como una trinchera de resistencia y potencia plebeya, en una dinámica social y territorial que resiste a la explotación y la desposesión.

Por otra parte, siguiendo el aporte de la llamada economía sustantiva del antropólogo Karl Polanyi, afirmamos la existencia y potencia de diversidad de

mercados. Desde su diferenciación entre “sociedades con mercados”, en plural, mucho más amplias y ancestrales que la conformación moderna de la lógica de “Sociedad de Mercado”. Sobre esta última, concebida indivisa y regida por la acumulación ampliada del capital, Polanyi indicó ya a mitad del siglo XX, que si no se la re-encastaba desde la institucionalidad democrática, iba a seguir desatando, como lo viene haciendo, “molinos satánicos”, tempestades irrefrenables contra la naturaleza y la vida humana. De allí que reivindicemos, en resonancia particular con las economías feministas, la diversidad de ámbitos económicos no mercantiles, regidos por relaciones de redistribución, de reciprocidad o de autarquía. Pero también, en nuestro caso, el reconocimiento, valoración y compromiso con el desarrollo estratégico de una pluralidad de mercados determinados, así como con la multiplicidad de unidades socioeconómicas productivas y de trabajo que actúan en dicha pluralidad. Aquí también nuestra posición es por la democratización de la economía, en antagonismo con los “mercados oligárquicos”, como los denomina el pensador chileno Luis Razeto, en la búsqueda estratégica por reconocer, visibilizar y fortalecer lo que él llama “mercados democráticos”, impulsados en particular desde las economías populares, de solidaridad y de trabajo. En definitiva, mientras que el discurso hegemónico erige una ficción de unicidad y homogeneización de la economía del capital, desde nuestras perspectivas y prácticas valoramos la pluralidad de formas de mercados y de organización económica.

De allí que, desde una política transformadora, (podríamos decir una política del *sinthome* ?), revindicamos esos “saberes hacer” ante los malestares de nuestro tiempo y situación. En nuestro caso, construyendo y apostando por la diversidad de economías para la vida, cotidianas, heterogéneas, aún contradictorias, pero con traza abierta de potencia plebeya, subjetiva y colectiva.

No tenemos certeza de que ello sea suficiente para contrarrestar las tendencias estructurales de la economía dominante y su subjetivación de pasiones tristes, pero estamos convencidos que constituyen parte integrante de los horizontes tejedores de un nos-otros en común a los que nos convocan Elizabeth y Marcelo. Porque como nos enseñaron las madres, la única lucha que se pierde es la que se abandona. Y de allí que, volviendo al principio, por eso hoy estamos aquí, siendo y sintiendo en singular y en común.

Muchas gracias.